

Anticuento

Quiero irme a casa. Cierro los ojos después del trabajo y pienso que quiero irme a casa. Pienso en las montañas, en los árboles, en la gente y el pueblo. Y trato de recordarme.

Papá tenía un desguace. Trabajaban mis seis hermanos con él, y yo también, a veces. De pequeña me subía al palé, y papá me hacía tocar el cielo con la carretilla. Un día, Costel y papá discutieron porque quería comprar una elevadora con cesta. Papá se burlaba de él a gritos, y a media mañana, mi hermano cayó del palé, a cinco metros sobre un muro de hormigón roto, de esos con vigas de metal que salen por fuera como pinchos. Se salvó de milagro, pero ya no volvió a ser igual. Se le olvidaban las cosas y no hablaba bien. Después de mi accidente con la trituradora de pinzas, papá decidió que dejara la chatarra, y el colegio. Me faltaban tres días para los trece.

La casa estaba abandonada desde que mamá murió, y la mugre marrón estaba pegada en las paredes. Casi me arranco las uñas rascando, y las llagas nunca se curaban del todo. Es por lo de la grasa de la ropa con el agua caliente. Tenía que cocinar para siete, y me hice un rinconcito en la cocina para poner mi colchón, y no perder el tiempo en mis cosas. Papá me llevaba a comprar en la camioneta. Era mi día favorito porque salía de casa. Iba tumbada en la parte de atrás, mirando las nubes, y me ponía las manos en la barriga para respirar fuerte el aire.

A Velkan lo conocí en casa, lo trajo mi hermano el segundo a ver un partido, y enseguida me pareció el chico más guapo del mundo —tiene los ojos azules—. Venía cuando los chicos y papá estaban en el desguace, yo le preparaba el almuerzo y él me hablaba de sus planes. Decía que tenía dinero ahorrado para viajar a España a buscar un futuro, y yo soñaba con irme con él. Me daba besos, muchos besos, y una mañana lo hicimos en el almacén. No quise hacerlo en la casa porque era como si papá y los muchachos me estuvieran mirando. Fue dulce y me abrazó fuerte.

A papá se lo dijo Sorin, porque Velkan se lo había contado mientras jugaban a los dardos. Todavía recuerdo el picor del cuero en la piel. Estuve dos días en cama —pero no grité—, y al tercero vino Velkan a buscarme con el coche de su padre. Era blanco y tenía el maletero lleno de comida. Por las noches parábamos y hablábamos hasta dormir. De camino cumplí los 16, y Velkan me regaló mi primera ropa de chica: dos vaqueros ceñidos, una minifalda y varias camisetas, algunas de tirantes. También soplé una vela plantada en una rosquilla. Era una figurita de princesa, y conforme ardía se le quemaba el pelo, y su cara se derretía.

Al llegar me asustó el ruido. Había muchos coches, y la gente hablaba muy alto. Vivíamos en una habitación con su primo, y por la ventana entraban sirenas, gritos y peleas, y el ruido del

camión de la basura, que me recordaba al desguace. Velkan llegaba de día, cuando yo despertaba, así que dormíamos al revés. Como estaba raro, un día le pregunté si aún me quería, y entonces dijo que tenía que trabajar, y yo me puse muy contenta. Ahora vivimos en Passeig de Sant Joan, y abajo, la vecina se queja. Velkan se disculpó, le dijo que somos sanitarios, y que siempre vamos de noche. Siento el ruido, de veras, pero es el único rato que tengo para hacer la casa.

Al principio sólo tenía que estar en la fiesta y hablar con la gente. Velkan me sonreía y me decía «guapa» desde la esquina. La primera vez pasó rápido, fue frente al espejo del baño y fue por detrás. Velkan me lo pidió porque necesitábamos dinero para salir del Raval. Vomité durante largo rato después, y dormí todo el día. Lloraba mucho, y Velkan me abrazaba. Me dijo que sólo tenía que cerrar los ojos y pensar en él, pensar que lo hacía por los dos. Así es más fácil, y todo es mejor ahora. Dejé de beber porque me caía, y eso a Baby no le gusta, así que ahora me pone agua en las copas. Coca tanta como cliente, porque la compra aquí, claro.

Hay uno que le gusta que le peguen, y a él pegarte a ti. Baby ya lo sabía, pero no me dijo nada. Quiso hacerlo por el culo, y no quise. Se enfadó muchísimo y empezó a pegarme. Hay un botón de emergencia debajo de la cama, pero me partió el labio. Cuando le pedimos a Baby que no le dejara entrar más, nos contestó que lo haría el día que ganáramos tanto dinero como él gastaba.

Es la casa de los siete pecados porque somos siete, siete de diferentes partes del mundo. Tokio es la que más trabaja, Libia desapareció, y Brasil es mi mejor amiga. Gemma nos hace las revisiones. Es como un hada madrina y nos esconde tarjetas con números de teléfono de gente que nos puede ayudar. Pero hay que tener cuidado con eso, porque después de la casa está el club, y eso de alquilar camas, sin revisiones ni vestidos bonitos, y después la calle y lo último la cuneta. Esto sólo será un tiempo, luego volveré con mis montañas.

Velkan se ha comprado un descapotable porque se acuerda de lo que me gustaba ir en la camioneta de papá. Ahora sólo viene a recogerme. Me abraza cuando lloro, pero a veces está borracho y me pega. Pero tampoco mucho, porque sabe que no puede hacerme marcas, a los clientes os gusta verme el azul de las venas —mira—, por eso soy Blanca del Este. Aunque no deberías preguntar tanto, eso a Baby tampoco le gusta.